

Richard Wright
Hijo de esta tierra

Alianza editorial

Título original: *Native Son*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía del autor: © Hulton Archive / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



- © 1940 Julia Wright and Rachel Wright. The licensing of all rights in this Work is controlled by Julia Wright, under special arrangement with Rachel Wright, by arrangement with John Hawkins & Associates, Inc., New York with the permission of Julia Wright and Malcolm Wright.
- © de la traducción: Eduardo Hojman, 2022
- © Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-862-2

Depósito legal: M. 7.582-2022

Printed in Spain

A mi madre, quien, cuando yo era un niño que se sentaba en su regazo, me enseñó a venerar la fantasía y la imaginación.

Hoy también es amarga mi queja;
Mi golpe es más fuerte que mi gemido.

Job 23: 2

Libro uno

Miedo

«¡Rrrrrrrriiiiiiiiiiiiiinnng!»

Un despertador resonó estruendosamente en la habitación oscura y silenciosa. El muelle de una cama crujió. Una voz de mujer exclamó con impaciencia:

—¡Bigger, apaga eso!

Un gruñido hosco se oyó por encima del repiqueteo metálico. Unos pies desnudos se deslizaron con un ruido seco por las tablas de madera del suelo y el estruendo cesó abruptamente.

—Enciende la luz, Bigger.

—Bueno —respondió él con un balbuceo somnoliento.

La luz inundó la habitación y reveló a un chico negro que estaba de pie en el estrecho espacio que separaba dos camas de hierro, frotándose los ojos con el dorso de la mano. La mujer, que estaba en la cama de la derecha, volvió a hablar:

—¡Buddy, levántate! Hoy tengo que lavar mucha ropa y os quiero a todos fuera de aquí.

Otro chico negro rodó en la cama y se incorporó. La mujer también se levantó y se quedó de pie con su camión.

—Daos la vuelta para que pueda vestirme —dijo.

Los dos chicos apartaron la mirada y la dirigieron a un rincón distante de la habitación. La mujer se quitó deprisa el camisón y se puso unas bragas. Se volvió hacia la cama de la que se había levantado y exclamó:

—¡Vera! ¡Sal de allí!

—¿Qué hora es, mamá? —preguntó una amortiguada voz adolescente desde debajo de un edredón.

—¡He dicho que salgas de allí!

—Está bien, mamá.

Una muchacha de piel marrón, vestida con un camisón de algodón, se levantó, estiró los brazos sobre la cabeza y bostezó. Con gestos de sueño, se sentó en una silla e intentó torpemente ponerse las medias. Los dos varones seguían apartando la mirada mientras su madre y hermana se ponían la cantidad de ropa necesaria para no avergonzarlos, y la madre y la hermana hicieron lo mismo mientras ellos se vestían. De pronto, todos hicieron una pausa, con la ropa en la mano, y fijaron la atención en unos ligeros golpecitos que resonaban contra el delgado revoque de las paredes de la habitación. Olvidaron su conspiración contra la vergüenza y recorrieron el suelo con los ojos en actitud aprensiva.

—¡Ahí está otra vez, Bigger! —gritó la mujer, y una violenta actividad galvanizó el diminuto apartamento de un solo ambiente. La madre, que aún no estaba del todo vestida pero que se había puesto las medias, saltó jadeando sobre la cama, derribando una silla con el movimiento. Sus dos hijos, descalzos, permanecieron tensos e inmóviles, recorriendo con ojos ansiosos el suelo debajo de la cama y las sillas. La muchacha corrió hacia un rincón, se puso en cuclillas, cogió el dobladillo de su enagua con ambas manos y se lo apretó con fuerza contra las rodillas.

—¡Oh! ¡Oh! —chilló.

—¡Allí está!

La mujer apuntó con un dedo tembloroso. Tenía los ojos redondos de horror y asombro.

—¿Dónde?

—¡No la veo!

—¡Bigger, está detrás del baúl! —gimió su hermana.

—¡Vera! —gritó la mujer—. ¡Súbete aquí, a la cama! ¡No dejes que te muerda esa cosa!

Vera se subió a la cama frenéticamente y la mujer la abrazó. Con los brazos entrelazados, la madre negra y la hija marrón miraron fijamente y con la boca abierta el baúl del rincón.

Bigger siguió buscando desafortunadamente por toda la habitación, hasta que se abalanzó sobre una cortina, la corrió y cogió dos pesadas sartenes de hierro que estaban colgadas de la pared encima de una cocina a gas. Se dio la vuelta y llamó en voz baja a su hermano, sin despegar los ojos del baúl.

—¡Buddy!

—¿Sí?

—Ten; coge esta sartén.

—Bueno.

—¡Ahora ve a la puerta!

—Bueno.

Buddy se puso en cuclillas junto a la puerta y cogió la sartén por el mango, con el brazo flexionado y preparado. Salvo por la respiración rápida y profunda de las cuatro personas, la habitación estaba en silencio. Bigger se arrastró de puntillas hacia el baúl aferrando la sartén firmemente, mientras sus ojos danzaban y observaban cada centímetro del suelo de madera. Hizo una pausa y, sin mover ni un ojo ni un músculo, exclamó:

—¡Buddy!

—¿Eh?

—¡Pon esa caja delante del agujero para que no pueda salir!

—Bueno.

Buddy corrió hacia una caja de madera, la empujó rápidamente hacia un gran agujero que estaba en la moldura y luego retrocedió hasta la puerta, con la sartén en la mano. Bigger se acercó al baúl y miró detrás cautelosamente. No vio nada. Con cuidado, extendió el pie descalzo y empujó el baúl unos centímetros.

—¡Ahí está! —volvió a gritar la madre.

Una enorme rata negra saltó con un chillido hacia la pernera de Bigger, la retorció entre los dientes y se quedó colgada de ella.

—¡Maldición! —susurró ferozmente Bigger, antes de girar y dar patadas en el aire con toda su fuerza. La violencia de sus movimientos hizo que la rata se soltara, volara en el aire y se golpeará contra una pared. Se volvió instantáneamente y saltó una vez más. Bigger la esquivó y la rata chocó contra la pata de una mesa. Bigger aferró la sartén apretando los dientes; no se atrevía a arrojársela por miedo de errar. La rata chilló, se dio la vuelta y empezó a correr en círculos estrechos, buscando un lugar donde esconderse; volvió a saltar, dejando atrás a Bigger, y, raspando el suelo con sus patas, correteó primero hacia un lado de la caja y luego hacia el otro, tratando de encontrar el agujero. Luego se giró y se levantó sobre las patas traseras.

—¡Atízale, Bigger! —gritó Buddy.

—¡Mátala! —aulló la mujer.

El vientre de la rata palpitaba de miedo. Bigger avanzó un paso y la rata emitió un sonido largo y agudo de desafío, con sus negros ojos saltones brillando y sus minúsculas patas delanteras agitándose sin cesar en el aire. Bigger le tiró la sartén, que se deslizó por el suelo sin acertarle a la rata y chocó con estrépito contra una pared.

—¡Maldición!

La rata dio un salto. Bigger se apartó rápidamente. El roedor fue a parar debajo de una silla y profirió un chillido de furia. Bigger retrocedió lentamente hacia la puerta.

—Pásame esa sartén, Buddy —pidió en voz baja, sin apartar los ojos de la rata.

Buddy le tendió la sartén. Bigger la cogió y la levantó en lo alto. La rata se escabulló por el suelo, volvió a detenerse delante de la caja y, rápidamente, empezó a buscar el agujero; luego se incorporó una vez más y desnudó unos largos colmillos amarillos, lanzando estridentes chillidos, mientras su vientre se estremecía.

Bigger apuntó y arrojó la sartén por el aire con un gruñido de esfuerzo. Se oyó un crujido de madera y la caja se desmoronó. La mujer lanzó un alarido y ocultó el rostro entre las manos. Bigger avanzó de puntillas y se asomó.

—Le he dado —musitó, al tiempo que apretaba los dientes y los desnudaba en una sonrisa—. Por Dios que le he dado.

Apartó la caja astillada de una patada y dejó al descubierto el cuerpo aplanado y negro de la rata, del que asomaban claramente dos largos colmillos amarillos. Cogió un zapato y golpeó con él la cabeza de la rata, aplastándola, al tiempo que la insultaba en un raptó de histeria:

—¡Hija de puta!

La mujer de la cama se puso de rodillas, hundió la cara en el edredón y sollozó.

—Dios, Dios, ten piedad...

—Ay, mamá —gimió Vera, inclinándose hacia ella—. No llores. Ya está muerta.

Los dos hermanos rodearon a la rata muerta y hablaron con tonos de admiración y reverencia.

—Vaya, qué grande es la cabrona.

—Esa hija de puta podría destrozarte la garganta.

—Mide más de treinta centímetros.

—¿Cómo diablos se ponen tan grandes?

—Comiendo basura y todo lo que encuentran.

—Mira, Bigger, tienes un desgarrón de diez centímetros en el pantalón.

—Sí, me la tenía jurada, claro que sí.

—Bigger, por favor, sácala —suplicó Vera.

—Ay, no seas tan miedosa —dijo Buddy.

La mujer seguía sollozando en la cama. Bigger cogió una hoja de periódico, luego levantó delicadamente a la rata sujetándola de la cola y la sostuvo en el aire con el brazo extendido.

—Bigger, sácala —volvió a suplicar Vera.

Bigger rio y se acercó a la cama con la rata colgando, agitándola de un lado a otro como un péndulo, disfrutando del temor de su hermana.

—¡Bigger! —jadeó Vera entre convulsiones; gritó, se balanceó, cerró los ojos, se desplomó de cabeza encima de su madre, rodó en la cama y, ya sin fuerzas, se deslizó hacia el suelo.

—¡Bigger, por el amor de Dios! —sollozó la madre, antes de incorporarse e inclinarse sobre Vera—. ¡No hagas eso! ¡Tira la rata!

Él dejó la rata en el suelo y empezó a vestirse.

—Bigger, ayúdame a subir a Vera a la cama —le pidió la madre.

Él hizo una pausa y se dio la vuelta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, fingiendo ignorancia.

—Haz lo que te pido, muchacho, ¿sí?

Bigger se acercó a la cama y ayudó a su madre a levantar a Vera. Su hermana tenía los ojos cerrados. Luego se giró y terminó de vestirse. Envolvió a la rata con un periódico, salió por la puerta, bajó las escaleras y la tiró dentro de un contenedor de basura que estaba en la esquina de un callejón. Cuando regresó a la habitación, su madre seguía inclinada sobre Vera, poniéndole una toalla mojada sobre la cabeza. Se enderezó y lo encaró, con las mejillas y los ojos mojados por las lágrimas y los labios apretados de furia.

—Muchacho, a veces me pregunto qué te hace actuar así.

—¿Y ahora qué he hecho? —exigió saber él, en tono belicoso.

—A veces actúas como si fueras el tonto más grande del mundo.

—¿De qué estás hablando?

—¡Has asustado a tu hermana con esa rata y ella se ha desmayado! ¿Es que no tienes nada en la cabeza?

—Ay, no sabía que era tan miedosa.

—¡Buddy! —exclamó la madre.

—Sí, señora.

—Trae un periódico y extiéndelo en ese sitio.

—Sí, señora.

Buddy desplegó un periódico y cubrió la mancha de sangre esparcida por el suelo en el lugar donde habían aplastado a la rata. Bigger se acercó a la ventana y se quedó contemplando la calle con una expresión abstraída. Su madre le miró la espalda con furia.

—Bigger, a veces me pregunto por qué te he parido —dijo amargamente.

Bigger clavó los ojos en ella y luego los apartó.

—Tal vez habría sido mejor que no lo hicieras. Tal vez deberías haberme dejado donde estaba.

—¡Cierra la boca, insolente!

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Bigger, antes de encender un cigarrillo.

—Buddy, recoge las sartenes y ponlas en el fregadero —ordenó la madre.

—Sí, señora.

Bigger cruzó la habitación y se sentó en la cama. La madre lo siguió con la mirada.

—No estaríamos viviendo en este basurero si fueras un hombre de verdad —dijo.

—Ay, no empieces con eso otra vez.

—¿Cómo te sientes, Vera? —preguntó la madre.

Vera levantó la cabeza y recorrió la habitación con la mirada, como si esperara encontrar otra rata.

—¡Ay, mamá!

—¡Pobrecilla!

—No pude evitarlo. Bigger me asustó.

—¿Te has lastimado?

—Me he golpeado la cabeza.

—Bueno, tranquilízate. Te pondrás bien.

—¿Por qué Bigger se comporta de esta manera? —preguntó Vera, y volvió a llorar.

—Porque está loco —replicó la madre—. No es más que un negro loco, sencillamente.

—Llegaré tarde a la clase de costura de la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes —dijo Vera.

—Ven, tiéndete sobre la cama. Te sentirás mejor enseñuida —respondió la madre.

Dejó a Vera sobre la cama y clavó sus ojos fríos en Bigger.

—Supón que una mañana te despiertas y encuentras muerta a tu hermana. ¿Qué pensarías? —preguntó—. ¿Y si esas ratas nos cortan las venas mientras dormimos? ¡No! ¡A ti no te importa nada de eso! ¡Lo único que te interesa es pasártelo bien! ¡Incluso cuando la Seguridad Social te ofrece un trabajo, te niegas a aceptarlo hasta que te amenazan con cortarte las prestaciones de comida y hacerte morir de hambre! ¡Bigger, hablo en serio, eres el hombre más inútil que he visto en mi vida!

—Me lo has dicho mil veces —respondió él, sin mirarla.

—¡Bueno, y te lo digo de nuevo! Y recuerda mis palabras: uno de estos días vas a llorar. Uno de estos días desearás haber llegado a algo en la vida, en lugar de ser un vago. Pero para entonces será demasiado tarde.

—Deja de hacer profecías sobre mí —dijo él.

—¡Haré todas las profecías que quiera! Y si no te gusta, puedes marcharte. Nos las arreglaremos bien sin ti. Podemos vivir en una sola habitación, igual que ahora, incluso aunque tú no estés —respondió ella.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó él, con una voz nerviosa e irritada.

—Algún día te arrepentirás de la vida que llevas —continuó ella—. Si no dejas de holgazanear con esa pandilla con la que andas y empiezas a hacer las cosas bien, terminarás en el sitio menos pensado. Crees que no sé lo que hacéis, pero sí lo sé. Y lo que te espera al final de ese camino es la prisión, muchacho. Recuérdalo. —Se giró y miró a Buddy—. Tira la caja, Buddy.

—Sí, señora.

Se produjo un silencio. Buddy sacó la caja de la habitación. La madre pasó al otro lado de la cortina, donde estaba la cocina. Vera se sentó en la cama y bajó los pies al suelo.

—Tumbate, Vera —dijo la madre.

—Ya me siento bien, mamá. Tengo que ir a la clase de costura.

—Bueno, si tienes ganas, pon la mesa —dijo la madre antes de volver a desaparecer detrás de la cortina—. Señor, estoy tan harta de todo esto que no sé qué hacer —profririó con una voz quejosa que flotó en el aire desde el otro lado de la cortina—. Lo único que he tratado de hacer es formar un hogar para vosotros, niños, pero a vosotros os da igual.

—Ay, mamá —protestó Vera—. No digas eso.

—Vera, a veces lo único que quiero es tumbarme y dejarlo todo.

—Mamá, no digas eso, por favor.

—No duraré muchos años viviendo así.

—Pronto seré lo bastante mayor como para trabajar, mamá.

—Supongo que para entonces estaré muerta. Supongo que Dios me llevará a su lado.

Vera pasó al otro lado de la cortina y Bigger la oyó tratando de consolar a su madre. Cerró la mente a sus voces. Odiaba a su familia porque sabía que estaba sufriendo y que él no podía hacer nada para ayudarla. Sabía que en cuanto se permitiera a sí

mismo percibir plenamente la manera en que vivían, la vergüenza y la miseria de sus vidas, el miedo y la desesperación lo harían perder la cabeza. Por eso los trataba con una reserva férrea; vivía con ellos, pero detrás de una pared, de una cortina. Y era todavía más severo consigo mismo. Sabía que apenas se permitiera cobrar conciencia de lo que su vida significaba, se quitaría la vida o mataría a otra persona. Por eso se negaba a sí mismo y se hacía el duro.

Se levantó y aplastó el cigarrillo contra el alféizar. Vera entró en la habitación y colocó cuchillos y tenedores sobre la mesa.

—Preparaos todos para comer —exclamó la madre.

Bigger se sentó a la mesa. Desde detrás de la cortina le llegó el aroma de beicon frito y café hirviendo. La voz de su madre flotó hacia él en una canción.

*La vida es como un ferrocarril de montaña
Con un maquinista valiente
Debemos hacer un trayecto satisfactorio
Desde la cuna hasta la tumba...*

La canción lo irritaba, y se alegró cuando ella dejó de cantar y entró en la habitación con una jarra de café y un plato de lonchas arrugadas de beicon. Vera trajo el pan y se sentaron. La madre cerró los ojos, bajó la cabeza y balbuceó:

—Señor, te agradecemos la comida que has puesto ante nosotros para alimentar nuestros cuerpos. Amén. —Levantó los ojos y, sin cambiar el tono de voz, añadió—: Tendrás que acostumbrarte a levantarte más temprano, Bigger, si quieres conservar un empleo.

Él no respondió ni la miró.

—¿Quieres que te sirva más café? —preguntó Vera.

—Sí.

—Vas a aceptar el trabajo, ¿no, Bigger? —le preguntó su madre.

Él dejó el tenedor y la miró fijamente.

—Ya te dije anoche que lo aceptaría. ¿Cuántas veces vas a preguntármelo?

—Bueno, tampoco la trates así —intervino Vera—. Solo te ha hecho una pregunta.

—Pásame el pan y deja de hacerte la lista.

—Sabes que tienes que ver al señor Dalton a las cinco y media —continuó su madre.

—Me lo has dicho diez veces.

—No quiero que se te olvide, hijo.

—Y ya sabes que puedes olvidarte —añadió Vera.

—Ay, dejad a Bigger en paz —dijo Buddy—. Ya os ha dicho que iba a aceptar el trabajo.

—No les digas nada —le contestó Bigger.

—Cierra la boca, Buddy, o levántate de la mesa —dijo la madre—. No pienso aceptar ninguna insolencia de tu parte. Con un estúpido en la familia tenemos suficiente.

—Para ya, mamá —dijo Buddy.

—No parece que Bigger esté contento de haber encontrado un trabajo —continuó ella.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que grite? —preguntó Bigger.

—¡Oh, Bigger! —exclamó su hermana.

—¡Ojalá no metieras tu boca en esto! —le dijo él.

—Si consigues ese trabajo —prosiguió su madre, con un tono de voz tranquilo y amable, mientras cortaba una rebanada de pan—, yo trataría de buscar un buen sitio para vosotros. Podrías estar cómodos y no tener que vivir como cerdos.

—Bigger no es lo bastante decente como para pensar de esa forma —dijo Vera.

—Por Dios, ojalá me dejarais comer en paz —respondió Bigger.

Su madre siguió hablando como si no lo hubiera oído y él dejó de escucharla.

—Mamá te está hablando, Bigger —dijo Vera.

—¿Y qué?

—¡No seas así, Bigger!

Él dejó el tenedor y se aferró al borde de la mesa con unos dedos negros y fuertes; todo quedó en silencio, salvo el tintineo del tenedor de su hermano contra un plato. Bigger miró fijamente a su hermana hasta que ella apartó los ojos.

—Ojalá me dejarais comer en paz —repitió él.

Mientras comía, sintió que todos estaban pensando en el trabajo que él conseguiría esa tarde y eso lo enfureció; le daba la impresión de que lo habían engatusado para que se rindiera casi sin luchar.

—Necesito dinero para el transporte —dijo.

—Esto es lo único que tengo —respondió su madre, que deslizó una moneda de veinticinco céntimos hacia un costado del plato de él.

Él se guardó la moneda en el bolsillo y apuró la taza de café de un largo trago. Cogió su abrigo y su gorra y se dirigió hacia la puerta.

—Sabes, Bigger —dijo su madre—, si no aceptas el trabajo la Seguridad Social nos cortará el subsidio. No tendremos nada que comer.

—¡Ya te he dicho que lo aceptaría! —gritó él antes de dar un portazo.

Bajó la escalera hacia el vestíbulo y se quedó mirando a la calle a través del cristal de la puerta. Cada tanto pasaba un tranvía sobre las vías de acero. Estaba harto de su vida en esa casa. No había otra cosa que gritos y discusiones, día sí y día también. ¿Pero qué podía hacer? Cada vez que se repetía esa pregunta, su mente chocaba contra una pared en blanco y dejaba de funcionar. Al otro lado de la calle, justo enfrente, vio un ca-

mión que se detenía junto al bordillo de la acera y dos hombres blancos vestidos con monos que bajaban con cubos y pinceles. Sí, podía aceptar el empleo en la casa de los Dalton y amargarse la vida o podía rechazarlo y morirse de hambre. Le enfurecía pensar que no disponía de un abanico de posibilidades más amplio. Bueno, tampoco podía quedarse allí parado todo el día. ¿Qué iba a hacer? Trató de decidir si quería gastarse diez céntimos en una revista, o ir al cine, o ir al billar a reunirse con la banda o, simplemente, dar vueltas y holgazanear. Con las manos bien metidas en los bolsillos y otro cigarrillo inclinado sobre el mentón, siguió rumiando y observando a los hombres que trabajaban al otro lado de la calle. Estaban pegando un inmenso póster de colores en un letrero. En el póster se veía una cara blanca.

—¡Ese es Buckley! —se dijo en voz baja—. Ha vuelto a postularse para fiscal del estado. —Los hombres pegaban el póster con unos pinceles húmedos. Contempló ese rostro redondeado y rubicundo y meneó la cabeza—. Seguro que ese hijo de puta se embolsa un millón de pavos al año con ese trabajo. Vaya, si pudiera estar en su piel un solo día, jamás tendría que volver a preocuparme.

Cuando los hombres acabaron, recogieron los cubos y los pinceles, se subieron al camión y se marcharon. Bigger observó el póster: la cara blanca era mofletuda pero severa; tenía una mano levantada y el dedo índice apuntaba a todos los que pasaban por la calle. Era una de esas caras que te miraban directamente mientras las mirabas, y cuando seguías caminando y girando la cabeza para continuar mirándola te devolvía la mirada sin parpadear hasta que te alejabas tanto que tenías que apartar los ojos y entonces desaparecía, como un fundido en negro en una película. En la parte superior del póster había unas grandes letras rojas: ¡NO PODÉIS GANAR!

Bigger apagó el cigarrillo y se rio en silencio.